

De muerte en vida

Orillas

ROBERTO BURGOS CANTOR

Seix Barral, Bogotá, 2019, 203 pp.

“Nadie sabe el tiempo de lo que comienza y el momento de lo que acaba”.

En “*Esquina con saltimbanqui*”,
Orillas (p. 141).

ESTE LIBRO de cuentos de Roberto Burgos Cantor, el primero que se publica póstumamente, se desliza por los estribos de la vida y de la muerte, siendo sus temáticas principales el cuerpo, el sueño y las calles.

No sabemos (aún) si todos los relatos y textos variados de este libro habrían seguido extendiéndose o se habrían redefinido si la parca tempranera no se hubiera llevado al gran escritor cartagenero, en octubre de 2018. Leemos entonces su último libro con inevitable aire, humor, de melancolía. Sus páginas están hechas de cierta (in)consciencia sobre los pasos que se recogen, sobre las calles, siluetas y deseos que nos rondan. Es una especie de epílogo a una carrera literaria de grandes y secretos momentos de espesura con la palabra, de “gozos y desvelos” no percederos. Quizá esa sea una de las definiciones de la literatura en la vida y obra de Burgos Cantor: escribir no es una fórmula ni una pócima que nos acerque más a lo “real”, sino un embrujo, un conjuro para atravesar, para soportar lo “real” con sus delirios y sinsabores. Tal vez por ello, este libro, de sonoro título, es un vaivén de orillas, entre las calles solitarias y los brumosos recuerdos de otros días, de más gozos y desvelos. El epicentro del libro aparentemente es Bogotá, donde transcurre la mayoría de relatos (pareciera que no todos los textos son cuentos, puede que muchos sean postales, cartas no enviadas, retazos de recuerdos, compases de la segunda parte de su autobiografía literaria, diarios de duermevela), y sin embargo a medida que lo leemos (de la mano de los fantasmas de otros de sus libros) nos damos cuenta de que se trata de algo distinto: de apariciones y desapariciones, de un titilar de la memoria y el deseo. Los personajes

deambulan por oscuras callejuelas o se encierran en cuartos a la manera de la Tabacaria de Fernando Pessoa, para cavilar, para imaginar, y a la vez buscan un último temblor, un último grito libidinal. *Orillas* es un libro de estribos, entre Eros y Tánatos.

Orillas es también una elipsis. Las orillas separan y unen. Son suspensión del tiempo. La raíz de la literatura de Burgos Cantor descansa, sin duda, en la poesía, en el cultivo meticuloso de las metáforas, de los contornos de las frases, en el saborear hondo de las palabras, en el traqueteo de las sílabas, en la aspiración de las vocales. Es probable que si el lector descubre a Burgos Cantor en su último libro, le cueste trabajo entrar en su poético mundo ficcional, callejero, bullicioso y a la vez melancólico. Sin embargo, podrá apreciar la sonoridad de sus páginas y se le revelarán siluetas y sombras que incitan a ir hacia *La ceiba de la memoria*, *El patio de los vientos perdidos* y *Lo amador*, tres de sus mejores libros.

Orillas se compone de trece textos diversos, unos son más abiertamente cuentos que otros. Lo mismo ocurre con Roberto Bolaño. Tal vez requiramos más distancia para distinguir cuáles lo serían más, si fuera posible distinguir fríamente entre una escritura y los recientes recuerdos de la vida del autor que conocimos. Toda escritura que se aparta del comercio habitual se impone sobre los géneros y los estilos más o menos en boga. La escritura de Burgos Cantor sobrevivirá a muchos de sus contemporáneos colombianos.

Podríamos sugerir que el libro de Burgos Cantor dialoga con el museo de lo novelesco de Macedonio Fernández, y sobre todo con *Las palmeras suplicantes*, la reciente novela de su gran amigo, el juglar y danzante barranquillero Julio Olaciregui, quien le hiciera un vibrante homenaje en el Instituto Caro y Cuervo en marzo de 2019. Para Julio, esta idea del fragmento que perfora una continuidad, es decir, un cuento que no es cuento del todo, o un recuerdo que se vuelve cuento, parece funcionar como un “zumbayllu”, diría yo, siguiendo a Arguedas, o sea, como un trompo que nos hace girar con sus aires musicales de melancolía.

En aquella ocasión, Julio compartió con nosotros los rastros de un Julio,

otro Julio, en la obra de Burgos Cantor. Ahora la fantasmagoría se devuelve, pareciera oblicuamente que Julio le dice al oído a Roberto:

[...] somos testigos de un fenómeno literario curioso: reptando entre los distintos capítulos de la historia aparece el autor, y es obvio que él está enredado con esta no ficción, con este “no velas en el entierro”, hace todo lo posible para seguir adelante, no toma en serio el relato, no cree en él, lo desarrolla porque el instinto lo obliga... (p. 184)

Orillas empieza con un cuento tropical, pura destilería de la “bodeguita” de Burgos Cantor, entre Cartagena y La Habana...

[...] años antes se hacía una ruta apacible en los vapores del río Grande o en el hidroavión de tres vuelos a la semana, hasta que se desvió el curso del río y dejó inútil el cuerpo de agua que comunicaba a la isla. Ahora isla de aislamiento, preservada en un tiempo que pareció detenerse. (p. 12)

Luego los relatos y misceláneas de museo novelesco (es un elogio) nos van sumergiendo en una Bogotá ida:

[...] caminaban después de disfrutar una buena cinta de Wajda y se detenían a mirar entre la luz escasa del alumbrado público los restos de un centro abandonado, con los cafés de antes clausurados, los restaurantes de españoles, suizos, alemanes, franceses, cerrados para siempre, ningún bar. (p. 173)

Tenemos pues aquí unas orillas efímeras y a la vez memorables de un gran escritor.

Alberto Bejarano